

CAPITULO XLV

TERTULIA EN PLENO SITIO.

LOS contertulianos de Doña Asunción, la esposa del coronel Cisneros, recibieron una esquela firmada por esta en que les decía: «Estamos muy tristes, aunque sea de las seis de la tarde á las ocho de la noche, vénganse á tomar una tasa de té con nosotros.»

Y todos nuestros conocidos estuvieron puntualísimos como siempre á la cita, pues ninguno se había salido de México después de la toma de Puebla, la derrota de Márquez y el sitio puesto á la capital por el ejército de Oriente mandado por el general Porfirio Díaz.

El único que estuvo más puntual, esto es, unos minutos antes de las seis, fué el periodista Pérez, pero eso fué porque tenía que decirle algunas cositas á Leonor y esperaba tener para ello una oportunidad, mientras la señora se ocupaba como de costumbre en dar órdenes para el arreglo del cemedor.

Doña Asunción tuvo cuidado de recibir á toda su gente en lo alto de la escalera y fuerza es agregar

que estuvo con todos muy cariñosa. La boticaria no dejó de decir por lo bajo á Doña Luisa la esposa de Camacho mientras aquella estaba saludando al Doctor.

—¡Qué distinta está ahora la dama de honor de la Emperatriz!

Entraron todos juntos á la sala en donde estaba ya Pérez con Julia y Leonor, apareciendo luego el coronel con bata de cachemir y gorro de terciopelo azul con gran borla de entorchados.

—Quien nos había de decir que nos habíamos de ver otra vez reunidos en estas circunstancias.

—¡Y qué circunstancias! acentuó el Doctor.

—Nos faltan tres de los que nos reuniamos aquí en aquellos bonitos días, dijo Pérez.

—¿Quiénes? preguntó el abogado.

—En primer lugar Aurora, luego Ernesto y principalmente Genaro el chambelan.

—Vamos á ver quien nos puede dar noticias de esos compañeros, dijo el Doctor.

—Sí, agrego la boticaria, yo tendría mucho gusto en saber algo de Aurora.

—Estamos con esa pena, dijo Doña Asunción: en la primera semana de Abril recibimos una carta en que nos dice que ya venía en camino con una familia española y que desembarcaría en Veracruz como por el día 15. Habíamos pensado ir á recibirla; pero se vinieron tan súbitamente los acontecimientos que ya no pudimos salir, y ahora aquí nos tienen ustedes sin haber vuelto á saber de ella una palabra y con la seguridad de que debe estar en algún lugar aquí cerca, no sabemos ni con quien ni cómo..... En

fin es un verdadero tormento el que estamos pasando con esa muchacha Cisneros, ya ha intentado salir, y siempre le han negado el pasaporte.

—La última vez estuve á punto de que me llevaran con Marquez, pesando sobre mi la acusación de no haberme presentado al servicio siendo militar.

—Pero es usted militar retirado.

—Eso no importa: para cuando la patria está en peligro y un militar está bueno y sano, no hay retiro que valga.

—El caso es que usted no está sirviendo.

—Porque Asunción no me ha dejado.

—Si, yo lo he dicho que nada le va ni le viene con que se maten por Maximiliano, ya que este fué tan ingrato con nosotros: la verdad se ha de decir clara.

—No, yo no me hubiera metido á defender el imperio sino la religión. Donde están los míos, allí debo yo estar.

—Pues no le pese, mi amigo D. Tirso Cisneros, dijo el Dr. porque el edificio levantado por Almonte, Napoleón III y Bazaine se está derrumbando.

—Todavía no hay nada visto.

—No necesita verse mas, señor mio: á mayor abundamiento ahora mismo acaban de enseñarme un impreso en que se dice que ya sucumbió Querétaro y que Maximiliano y todos sus generales están prisioneros

—Ese impreso lo ví hace tres días, exclamó el periodista.

Y todos los contertulianos siguieron diciendo que lo habían visto.

—Pues lo que tal vez no saben ustedes y yo lo sé

por las circunstancias profesionales, dijo Camacho, es que el baron Magnus y el P. Fischer están en estos momentos negociando con Márquez la salida de dos abogados defensores de Maximiliano.

—¡Cómo es eso! exclamó el coronel dando un salto en la silla.

—Pues bien, les diré á ustedes todo lo que sé, que al cabo no es un misterio, ni me han encargado el secreto.

Todos se acercaron al Lic. Camacho, el cual siguió hablando así:

—El gobierno, y principalmente los ministros Lacunza y Lares no creían que Querétaro había caído en poder de los republicanos: los jefes militares tambien por su parte no quieren que lo sepa la guarnición para que no se desmoralice; pero ha llegado el momento en que tienen que rendirse á la evidencia y no encuentran como salir del paso.

—¿Que evidencia es esa?

—Un mensaje del mismo Maximiliano al barón de Magnus diciéndole que se ponga en marcha para Querétaro con los licenciados D. Mariano Riva Palacio y D. Rafael Martinez de la Torre para que lo defiendan en el proceso

—¿Pero qué diablos nos está usted diciendo? exclamó el coronel levantándose y echando chispas por los ojos.

—Oiganme ustedes hasta el fin y después me dirán si tengo ó no buenos datos para decir lo que digo.

—Tiene razon el abogado, murmuró el Doctor, oigámosle.

—El compañero D. Eulalio Ortega, no solo es mi amigo y condiscípulo, sino algo pariente y con ese

motivo me trata con la mayor confianza. Pues bien, ayer vino á decirme que se encontraba en cierto compromiso sobre el cual queria que le diera mi opinión. Le contesté naturalmente que ponía mi pequeño contingente de inteligencia á su disposición y me contó que el P. Fischer á quien conoció por ciertos negocios que tuvo que ventilar en la secretaría particular del Emperador, le había hablado hacía unos cuantos dias diciéndole que temía que Maximiliano fuera á caer prisionero y juzgado por el gobierno de los republicanos con quienes consideraba á mi amigo en buena inteligencia y prestigio y que para todo evento le suplicaba que fuera su defensor. El Lic. Ortega no creyó prudente contestar con una negativa y dió su consentimiento. Pero ahora supo por el mismo P. Fischer que Maximiliano nombró directamente y por medio de despachos telegráficos á Martinez de la Torre y Riva Palacio, de manera que un principio de delicadeza lo hacia considerarse á sí mismo un intruso en la defensa. Yo le contesté que en efecto sería así si se hubiera ofrecido, pero que habiéndolo solicitado la persona de más intimidad y de más confianza del archiduque, no había razón para que se formara tal juicio del asunto. Entónces agregó que el P. Fischer había referido desde luego á los Señores Magnus, Riva Palacio y Martinez de la Torre lo que pasaba, esto es, que temiendo un fracaso en Querétaro había hablado á Ortega para lo que pudiera ofrecerse, y los tres de común acuerdo dijeron que aprobaban aquel paso como muy acertado y que celebraban que el Lic. Ortega formara tambien parte de la defensa, porque en muy alto concepto le tenían y muy grande estimación

le consagraban por su prestigio, talento, práctica en los negocios y notoria honradez profesional. Pues entónces, compañero, le dije yo, no solo no debe usted tener ningún escrúpulo en aceptar, sino que debe prestarse á ello con la mejor voluntad, no tanto para complacer á esos señores, cuanto para servir á un príncipe extranjero en la desgracia; para que se vea que si hubo mexicanos que no se acercaron á la hora del festin á la mesa del imperio, han puesto en la hora del infortunio sus sentimientos filantrópicos á su disposición. Quedó encantado con mi parecer diciéndome que le quitaba un gran peso de encima y entonces me refirió que ya tenía el permiso necesario del general sitiador para pasar sus líneas é ir á cumplir con su misión; pero que Márquez les había puesto á los defensores muchas dificultades manifestándoles lo perjudicial que sería para su situación que las tropas supieran que ya Maximiliano se encontraba prisionero.

—Pero eso lo saben todos los habitantes de la capital, prorrumpió Pérez.

—Y sin embargo yo no sé nada, ni he sabido nada, dijo el coronel.

—Ni tampoco han de saberlo los soldados encerrados en sus cuarteles ó aislados en sus destacamentos, agregó el Doctor.

—Ahora lo que dice todo el mundo, continuó Pérez, es que les parece incomprendible la conducta del gobierno imperial, que ya no puede ser gobierno, ni menos imperial estando preso el Emperador, al seguir sacrificando á la capital con una defensa que no tiene objeto.

—También sobre esto me dijo Ortega que Lacunza

y Lares han manifestado que ellos no pueden dar como un hecho la caída de Querétaro mientras no les conste oficialmente.

—¡Oficialmente! exclamó el periodista riendo á carcajadas; pero si todo el mundo está prisionero, si ya no hay ni sombra de imperio en Querétaro, ¿quién se los ha de participar oficialmente? Sobre todo ¿para qué, con qué objeto? Maximiliano ha de decir, y dirá muy bien, repitiendo aquellas palabras de Luis XIV: «Después de mi, el diluvio.»

—El caso es que nosotros aquí estamos pagando el pato, dijo el boticario.

—Y que ya nos anda, ya nos anda, siguió diciendo su mujer.

—A nosotros se nos acabaron los pocos víveres que acopiamos porque creimos que esto duraría quince días á lo mas y ahora nos cuesta un ojo de la cara cada pieza de pan que conseguimos, cuando logramos conseguirla.

—¿Pues que diré yo que no hice ningun acopio?

—Pero á usted, Pérez, replicó Doña Asunción, ya le hemos dicho que se venga á comer todos los días. No hay gran abundancia en la dispensa, poco tenemos todavía para no morirnos de hambre en tres meses.

—Gracias, gracias. . . .

—Lo mismo decimos á ustedes, agregó Doña Asunción dirigiéndose á los demas, si llegan á sentir los rigores del sitio, aquí tenemos algo con que ayudarles á cubrir la necesidad.

Todos dieron las gracias, y por largo rato continuó la conversación rodando sobre las miserias de que

empezaba á dar muestras la ciudad, principalmente entre las familias de la clase media: los ricos se habían previsto de todo lo necesario, los muy pobres eran soldados, trabajadores en las casas ó sirvientes, de manera que los primeros tenían todo en abundancia y á los últimos nada les faltaba: pero los que estaban realmente pasando la pena negra eran los empleados, los médicos y abogados pobres, los estudiantes, los literatos, los sabios de todo género y los artesanos, puesto que las industrias estaban paralizadas. Había familias enteras muriéndose materialmente de necesidad, entre las llamadas decentes que no pedían ni querían atravesarse á salir á las calles á pedir una limosna.

Después de esto se siguió hablando sobre los tiros, sobre las operaciones de la guerra y sobre lo demas de que se habla en una plaza sitiada. Ya en este terreno el coronel Cisneros exclamó.

—Yo no sé cómo Márquez, Tabera, Vidaurri, O'Horan y demas viejos generales que defienden la plaza, se encierran en ella sin esperar auxilio de ninguna parte, solamente para hacer sufrir á la población. Yo en lugar de ellos rompería el sitio y volaría en auxilio de Querétaro.

—Pero si Querétaro sucumbió ya.

—Hubiera volado. . . .

—Esto es. ¡Y usted cree, mi coronel, que los sitiadores están dormidos!

—¿Cuántos hombres tiene Porfirio Díaz?

—Porfirio Diaz tiene hoy sobre treinta mil hombres.

El coronel dió un salto.